

ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI Prix 12 frs. N° 193

Rédaction et Administration

4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)

28 mai 1949

GIROS a
PABLO BENAIGES

C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600



Entre las varias teorías revolucionarias que pretenden garantizar la completa emancipación social, la más conforme con la Naturaleza, la Ciencia y la Justicia, es la que rechaza todos los dogmas políticos, sociales, económicos y religiosos, esto es, la ANARQUIA
F. Tàrrida del Màrmol

LA contrarrevolución agraria

En los países dominados por la hoz y el martillo se esfuerzan los mandarines por embucar al campesinado con una fementida revolución agraria. Dicha revolución consiste en una parodia de expropiación de los latifundios, en el fomento de la pequeña propiedad, en la concentración de los poderes políticos bajo la égida del Estado mastodonte y en el dirigismo a ultranza.

La pequeña propiedad, el colectivismo dirigido desde las alturas, equivale a la libertad con permiso, a la respiración dosificada por la ley o por el capricho del representante de la autoridad. El Estado burgués o democrático, sin alharacas revolucionarias, ha abolido de hecho el latifundio, garantizando a los minifundistas, a los propietarios de parcelas, la llamada libertad de concurrencia. En uno como en otro caso, la reforma se resuelve en una argucia taimada llamada a apuntalar los privilegios de primera clase. En los países burgueses, la institución del latifundio es ya un factor inoperante. El latifundio revierte sobre la productividad de la tierra. La sociedad burguesa ha resuelto el problema de los cultivos intensivos sin apelar al feudalismo ni al grillete democrático. Dicha política se funda en el estímulo, en el complejo de rutina que tiene su asiento en el alma tradicional del campesinado. La diferencia entre el canon burgués, entre la reforma agraria anglosajona y la vocada revolución colectivista de los países de signo soviético, queda marcada por el dirigismo controlador de toda actividad humana, absorbente y centralizador, y el despliegue fantástico de una burocracia, de una clase voraz y parásita, cuya subsistencia se halla condicionada por la carestía del producto y en el jugo nutritivo del impuesto.

Entre ambas reformas nos quedamos sin ninguna. Suprimir a los feudales de la tierra para cubrir de oficinas y funcionarios, de eunucos y de guardas de cosechas armados, los campos y las villas rurales; fomentar la rutina de los pequeños propietarios, con sus prejuicios inherentes, la precupación propie-

tarista acumulativa, la obsesión por la herencia, los matrimonios de intereses más o menos acudados, la envidia y el bajo fondo de pasiones convergente en la institución de la propiedad, más o menos vasta, va contra los intereses elevados, con ahínco en el sentido social.

Por lo que al agrarismo staliniano se refiere, cae de su peso que para este viaje no necesitábamos alforjas. Por cada señor feudal eliminado tienen los campesinos de Rusia, de Centro Europa y de los países balcánicos, miles de escribientes, jefes, subjes, ordenanzas, porteros, telefonistas y barrenderos de negociado, sin contar el aparatoso instrumento judicial y la masa pululante de comisarios municipales y escópeteros. Toda esta plaga de langosta se nutre del esfuerzo de quienes remueven la tierra. El feudalismo, como consecuencia, se ha multiplicado. El colectivismo impuesto y dirigido es un simple cálculo con vistas a la producción intensiva, un medio del gobierno para bien colocar a sus legiones de favorecidos llamados a ser más tarde sus puntales sostenedores.

Hasta muy recientemente, el campo venía a ser un reducto o una especie de asilo donde no llegaban los alaridos de la autoridad. El campesinado encontraba mil formas para zafarse del caciquismo, poniendo en práctica travesuras llamadas a convertir la propiedad feudal en una entelequia. La burguesía de la tierra era la más arruinada con el agravante de su patanería que le privaba de toda fraternal alternativa con sus consortes industriales. El Estado, la centralización política, era hasta cierto punto una consecuencia de la influencia humana, desquiciada, demencial, empaquetada en las grandes ciudades. El campo era la dispersión, la descongestión y por ende la invalidez de la ley draconiana. Los decretos y leyes llegaban deshechos al campo. Ha bastado que uno cuantos sofistas se propusieran extender la revolución al campo para que haya que pensar en la luna o en el planeta Marte, si queremos encontrar un cobijo contra la fuerza expansiva de la tiranía.

Carta a los americanos, de Jean Cocteau

... Es uno de los últimos hombres libres el que os habla, libre en todo lo que ello entraña de soledad y falta de electores. No puedo pretender ser sostenido por ningún grupo, por ninguna escuela, por ninguna Iglesia, por ningún partido... Me dirijo a aquellos que tratan desesperadamente de ser libres...—J. C.

Jean Cocteau ha estado veinte días en New-York, pero no sabe si han sido veinte días o veinte años. No lo sabe porque no quiere saberlo, porque teme que veinte días sean demasiado breves para conocer el secreto de América. América tiene secretos, aunque deteste los ajenos y niegue el derecho a la incógnita. En el avión que le transportaba de regreso a Francia, su Francia (donde existe todavía un desorden que permite el nacimiento y las sorpresas), ha escrito un mensaje a los americanos que es también un mensaje para los hombres de la vieja Europa. Páginas nerviosas, febriles, quizá angustiadas, en las que late una protesta firme por el peligro que acecha a la dignidad humana; no un peligro, mit. Y Cocteau quiere denunciarlo, quiere aferrarse a esa dignidad humana que tambalea y se agita en la oscuridad.

Descubrir al hombre americano—al hombre de la civilización americana—es explicarse en par-

te el extraño yugo de la libertad, vale decir, la condena a una libertad que comienza en la maquina y termina en el dólar, cuyos pilares fundamentales son el «Life Magazine» y el «Ginger Ale». Un yugo que se acepta porque su única libertad es la aceptación, y que se soporta con calma porque todo lo diferente semeja un secreto amenazador. América, dice antes, detesta los secretos. Cocteau ha visto el yugo, ha palpado

Por R. Mejias Peña

esa libertad, y no puede conformarse con ella: «vuestro rol es combatir y no admitir», dice; porque la admisión es el naufragio de la condición humana.

El libro—no sé todavía si es libro, quizás un panfleto—gira todo él alrededor de esa eterna admiración del hombre actual. Cocteau ha perdido la esperanza de que la salvación venga de América. El sabe que América debe empezar por salvarse a sí misma; esa es su prédica—también él trata desesperadamente de ser libre—y su exaltación de europeo que adivina en los caminos de Oriente y Occidente un callejón cerrado y un abismo aterrador. Sabe, además que New-York no es la ciudad de la felicidad y que el americano sufre a pesar del psicoanálisis y a pesar de los psiquiatras; sabe que es un hombre ac-

Noticiario Astronómico POR ALBERTO CARSI

Mientras los hombres, pigmeos insignificantes, nos estamos debatiendo en un mar de odios y quimeras en la superficie de este grano de polvo cósmico llamado pomposamente Tierra, la vida sideral sigue impasible su curso de eternidad activa y serena.

En el espacio todo es trabajo y labor constante; los astros no tienen tiempo de viciarse y corromperse; las Leyes Naturales son sabias y permanentes, morales e inflexibles, universales y eternas, no dejando lugar al parásito y estableciendo el equilibrio ideal, de todos para uno y uno para todos.

Quien, indiferente, mira el azul del día o el negro de la noche, lo ve todo igual, invariable e inactivo, pero los observadores toman buena nota de las pulsaciones de la vida sideral que jamás reposa. He aquí algunas notas referentes, al curso astronómico, pudiéramos decir, de 1948.

Aparte la situación relativa de todos los astros, la que determina los eclipses, se observan las estrellas fugaces, vagabundos del espacio que parecen proceder de puntos determinados llamados radiantes. Además, hacen los astrónomos un capítulo especial de Curiosidades siderales, en el que consignando todas las cosas no sistemáticas:

Las estrellas llamadas «Novas» son motivo especial de estudio, pues son como incendios o explosiones de estrellas que pasan, de magnitudes inapreciables a faros inmensos en pocas horas, y luego se extinguen rápidamente. Durante el 1948 se han descubierto 3 de estas «Novas»: «La Serpiente», por Bastay de Abastumani, (La velocidad de expansión de los gases, era de 400 kilómetros por segundo). «La Gygn», por Whitney, de Orlahoma. Y la «Supernova», por Maijal.

En cometas fué más abundante dicho periodo, pues son en número de 15 los observados, algunos

visibles por muchos, pero la mayoría, tan ténues, que sólo se ven con aparatos especiales potentes. Entre estos últimos se destacan los dos del astrónomo Markos, vistos desde Checoslovaquia, y Lick, en las constelaciones del Cisne y del Toro, respectivamente. El de «Kenskamp», descubierto en Dinamarca, en la constelación de la Girafa. El de «Pajousakova», en el Dragón. El de «Forbes». El de «Neujmin». El de «Honda», cerca de Andrómeda. El de «Wirtanen», en El Águila. El de «Jackson», en El Pegaso. Los de «Johnson», «Bester», y «Pajousakova». En el Caballote del Escultor, en el Pez Volador y en el Perihelio, respectivamente.

Estrellas enanas blancas o estrellas degeneradas, tipo compañera de Sirio, pasan de un centenar las descubiertas, especialmente en la Universidad de Minnesotá y en el observatorio de Córdoba (Argentina).

Se ha hecho una buena campaña de estudios sobre la actividad meteórica diurna por medio del modernísimo procedimiento del Radar, y se ha iniciado un estudio de lo que se ha denominado «Glóbulos Galácticos», que vienen a ser grandes Soles, ignorados hasta el presente por estar antepuestos, pospuestos o interpuestos en las grandes nebulosas.

Todo ello indica que la Astronomía todavía progresa en sus métodos de estudio, y por tanto, que podemos esperar sorprendentes noticias respecto a la mecánica y la física de los astros, única verdad que está escrita en la bóveda inmensa del Universo con letras de luz y con enormes interrogantes de nebrura. Elevar nuestra conciencia a las alturas soberanas es la función más excelsa del espíritu libre de quienes sabemos sacudirnos el barro de estos bajos caminos de nuestra minúscula vivienda cósmica, que es menos, como astro, que un grano de arena entre la multitud inculcable que existe en todos los mares reunidos.

EL ANGEL SAMBLANCAT

A fines de 1934, se celebraba en la Cárcel Modelo de Barcelona, el llamado proceso de los «arabaisaires», rescoldo del 6 de octubre catalán. El director de «Solidaridad Obrera», tuvo a bien encargarme el reportaje de aquel importante consejo de guerra que tuvo lugar a puerta cerrada y en recinto carcelario.

Los procesados eran numerosos: más de quinientos encartados. Una verdadera asamblea. Actuaban las mejores togas de Barcelona en el lateral de la defensa. La prensa superviviente era la única garantía democrática. Un borrascoso telón de fondo, con flamantes uniformes, gorras y sables en revólvi, patas con espuelas encima de la mesa, formaba la presidencia.

Por José Peirats

nuestro trabajo informativo los reporteros, flanqueados por un equipo de estenógrafos de oficina, pintarrajeadas y rubioplatinadas, especie de requisito decorativo, ocupadas a lo largo de las veintitantas sesiones, más que con los signos, con el cepillo, la tijerilla y el barniz de uñas.

El redactor de «La Noche» era un dormilón y roncador por bajines. «La Vanguardia» boseaba. Un periodista de izquierda llegaba siempre tarde, pidiendo con apremio la copia de mis cuartillas.

Un corresponsal madrileño era sordo como una tapia. El tribunal era un solo cuerpo rígido, sin contracción muscular, con ojos fijos, duros, severos, pretorianos, clavados en la sala. Un espeso cordón de guardias de asalto, mosquetón en brazo, cerraba la retaguardia.

Ocho días de monótono diálogo. Más de quinientos interrogatorios. Respuestas titubeantes. La evocación pura y simple de los mismos hechos. La llamada desesperada de auxilio del presidente Companys. Las salvas del general Batet ante el frontispicio de la Generalidad. Y el eterno circuloquio alrededor del hecho de autos. Caravanas de camiones, en su ma-

CHINCHILLA BUSCA TRABAJO

El tristemente coronel Chinchilla, tal y como prevalece en uno de sus anteriores números RUTÁ, ha sido destituido de su cargo de director general de Seguridad. El nombre del sustituto lo ignoramos todavía, pero la causa de su destitución es la acción revolucionaria de la resistencia en el interior.

Redactor Así conocí a Samblancat.

yor parte imaginarias, con campesinos a bordo, desalentados y sin armas. Discriminación metafísica del delito. Guño de ojo del fiscal; signo evidente de contradicción en el declarante. Arreciba entonces sus preguntas con fruición masoquista hasta turbar al acusado. Y antes de emprenderlas con la víctima de turno, mirada suplicante a la presidencia mendigando un signo afirmativo de reconocimiento. Pero los pretores permanecían inmutables, fijos los ojos como estatuas, casi sin aliento.

La requisitoria fiscal fué una retahíla de articulados, sin inflexión de la voz, sin declamación. Las togas recitaron su papel en el mismo tono de monotonía. La frialdad y el silencio compungidos, bajo la égida de los uniformados, dominaba, al parecer, a todos los presentes. Un silencio hipnótico bajo la autoridad dominante de un grupo de perdonavidas.

De pronto sacudió la sala un verdadero trueno. El redactor de «La Noche» saltó de su asiento, del sueño apacible al sobresalto epiléptico. Erguidos, pafiando con sus zapatonos y haciendo sonar sus espaldas, crispando los puños, los militarotes aullaban y gesticulaban. Cejijuntos, dejando temer los colmillos, dirigían trementundas intimidaciones hacia el banco de la defensa.

Uno de los togados estaba allí de pie, leyendo con voz robusta y varonil, más que una pieza meliflua de descargo, un panfleto irreverente, con torrentada de adjetivos raros, traumáticos, agresivos, resonando en la sala como horribos mazazos. Varios de aquellos pgrdrosos, disparados con honda y por brazo de gigante, rebobaban sobre la mesa del tribunal. El orador fué reducido poco menos que a filo de charrasco.

Y, sin embargo, el causante de tanto alboroto no era más que un Angel Angel Semblancat, para el que el estado de sitio, el tribunal militar, el terrorismo castrense que rellenaba entonces cárceles, barcos, penitenciarias y cementerios, no era cosa del otro jueves. Al terminar la sesión, uno de los colegas no rezagados, ni sordo, ni bozante, ni dormilón, deslizo a mi oído este comentario: «Ni tratándose de un juicio de faltas podía yo mi pleito en manos de ese jabato; es como tentar el obsequio de varios años de presidio.

Tendencias anarquistas DE AFRICA NEGRA

Las sociedades africanas llamadas «primitivas», en el lenguaje pseudo-científico, ponen problemas a menudo muy diferentes a los que los espíritus occidentales están habituados. Las tendencias profundas y espontáneas de esas comunidades, la forma de sus instituciones tradicionales, la naturaleza de su vida material y de su estructura social, todo ello se opone a la pretensión que tienen los imperialistas a modelarlas arbitrariamente a su imagen. Pero también todo concurre a rendir inaceptables los problemas «a priori» y las concepciones dogmáticas de los occidentales. Así es que, el materialismo marxista y su principio de dictadura obrera giran en el vacío, en comarcas prácticamente sin obreros asalariados y sin proletariado.

Solas las tendencias anarquistas libres de dogmatismo y rigidez, se revelan bastante flexibles para ofrecer soluciones que no sean solamente adaptadas a ciertas formas de grupos humanos, pero que puedan igualmente corresponder a las tendencias espontáneas de comunidades diferentemente evolucionadas.

Los enemigos principales del productor negro no son el Estado y la clase. Fuera del Estado importado por las naciones imperialistas desde su opresión sobre los tropicos, no existe el Estado indígena, propiamente llamado. Los diversos Estados que, en el curso de los pretéritos siglos han ensayado de subyugar a las comunidades del Oeste africano, sólo han tenido—en tanto que el débil conocimiento histórico permita afirmarlo—una existencia ilusoria de carácter efímero. Así el reinado Mandingue o el imperio de Gao. A las tentativas unificadoras y centralistas de los «state-builders», los constructores de Estados de que nos habla el etnólogo alemán Frobenius, las pequeñas comunidades rurales, las «disruptive-trives», opusieron victoriosamente su profunda vitalidad y su independencia, encerrándose en ellas mismas y refugiándose en las regiones inaccesibles de las montañas, acantilados o pantanos. La clase no tiene la misma importancia en África negra que en los países fuertemente industrializados. Cierto, se encuentran ciertas sociedades «primitivas» con personas ricas y pobres. Pero su distinción no es fundamental. El africano vive al día, consumiendo a medida los bienes que produce o cosecha. No considera el dinero como un fin y apenas capitaliza. Así, el pastor «peulh», poseedor de algunos centenares de bueyes, retira de esta riqueza gocees estéticos y casi sensuales: ¡Placer de ver desarrollarse el rebaño

con el cual vive! ¡Alegria de reconocer a las bestias y de hablarles! Pero no sueña en aprovecharse de este capital para asegurarse privilegios humanos. Sólo es con venia que se resigna a vender un buey para comprar el paño que cubra su desnudez o el «ditham» con que adornara su rostro. El comerciante que, tras hábiles transacciones acierta a adquirir gruesa fortuna, piensa más en mostrar su éxito colmando a sus convecinos de regalos, que a atesorar con un fin de potencia. El jefe del pueblo o los notables que administran la comunidad, no son funcionarios especializados, comparten las alegrías y las penas de la colectividad y participan en los trabajos del campo, pesca, caza, etc., como el más pequeño «taka-lá».

Se podrían multiplicar estos ejemplos sobre la especificación de la vida africana, sea en los dominios de la propiedad, apoyo mutuo, trabajo en común, etcetera; todos concurren a probar las profundas tendencias anarquistas y comunales de los grupos dispersos en la vasca África.

No es afirmar, sin embargo, que correspondan de manera perfecta al ideal anarquista. En efecto, este ideal esta constantemente trabado por la intervención de lo religioso y de lo sobrenatural. Oprimido en una red de prohibiciones y de obligaciones, el hombre negro, de su nacimiento a su muerte, ve su existencia codificada por reglas extremadamente precisas que le impiden desenvolverse libremente. El adolescente no puede acceder a la sociedad de los hombres, que tras larga iniciativa minuciosamente arreglada, pero no está aun emancipado, pues no puede, en general, ni escoger su oficio ni unirse con la compañera deseada. Antes de comenzar la campaña de pesca o de partir de viaje, debe hacer un sacrificio a los «dioses» y consultar lo divino...

Los verdaderos enemigos del hombre negro son el mito y el rito. Lo divino que se dice intérprete de los «genios», es el todopoderoso detentador de la autoridad, y él aprovecha ese poder sobrenatural para hacer temblar al rico como al pobre, al jefe como al modesto agricultor. Esta situación puede explicarse históricamente por el hecho de precaridad en el cual se han desarrollado las comunidades primitivas. Según Bergson en «Las dos Fuentes de la Moral y de la Religión», la intervención de lo sobrenatural era indispensable en los orígenes, para precaver la vida misma de la sociedad contra las fuerzas desalentadoras que arrastra la imprevisibilidad. ¿Cómo el cazador armado tan sólo de su puño, habría encontrado, sin apelar a las potencias sobrenaturales, el valor de afrontar al león todopoderoso? El rito respondía a esa necesidad de seguridad.

La pacificación europea ha tenido el mérito de establecer cierta seguridad, y de establecer la corriente de cambios entre los diferentes grupos étnicos. Disminuyendo la precaridad, la mejora de las técnicas, vuelve poco a poco, caducos los sistemas complicados y absurdos, que sólo una tenaz tradición hace que sobrevivan. Con el tiempo y, hoy el movimiento está en plena aceleración, las prohibiciones más artificiales pierden fuerza, los «divinos» son desenmascarados como charlatanismo, los ritos ven su absolutismo fundir y los mitos sólo son conservados como perfume de olvidada época.

Los anarquistas de todos los países y de todas las razas, deben animar y alentar esta evolución de nuestros hermanos negros que, si se le deja operarse libremente, encaminará al continente africano hacia una forma de vida verdaderamente humana, constituyendo un indispensable eslabón de la futura sociedad comunista-anárquica.

Franco protesta... por que no le hacen caso

Franco a rebuznado de nuevo desde los micrófonos de radio nacional de España. Ha reclamado el pienso que fortuitamente le han negado los anglo-americanos, y ha puesto el grito en el cielo clamando por los fueros de sus «derechos» de dictador de España.

La O.N.U. no le ha dado satisfacción esta vez tampoco. Le han enseñado el dulce y luego se lo han merendado.

J. S. (Versión y ampliación de Sumo).



La razón contra la fé

Cuenta Rabelais, en el capítulo sexto de «Gargantúa», cómo éste nació por el lado izquierdo de su madre. A continuación, previniendo los comentarios sobre su absurda afirmación, se lanza a una serie de «aunque reflexiones». «Por qué no habéis de creerlo?», dice. «Los sorbonistas—siguen—afirman que la fe es el argumento de las cosas de apariencia nula. Hay, pues, que tener fe en todo lo escrito, en lo que se afirma.» «¿Que intenciones guiarán a Rabelais, al hacer semejantes disquisiciones? Queremos ver en él, su andar demasiado descarrado, una diatriba al concepto mismo de la fe. Por absurda que sea una afirmación, hay que tener fe en ella, viene a decirnos.

Con él, al querer una vez más sus líneas, queremos encontrar en el absurdo de la fe, el gran dilema del mundo actual en fraude y en crisis.

La fe, contra la razón humana, pretende la eliminación de la personalidad, la limitación a los alcances del discernimiento con la imposición como axioma, de todo aquello que resulta inaccesible, superior y «rebasando» los límites de la conciencia humana.

No confundiendo en momento alguno esa «fe», término absoluto, con la confianza razonada puesta en las concepciones del hombre y en las facultades de realización de la naturaleza, la fe, representa lisa y llanamente la aceptación a priori del mito, hecho ley de interpretación inaccesible.

Al considerar, pues, que la fe ha de ser el argumento de las cosas de nula apariencia, es decir, de la inexplicable, limitando así la potencia interpretativa del individuo, podemos afirmar que, en efecto, entre esa fe o creencia ciega en el mito, y la razón, se encuentra enclavado hoy el conflicto de la humanidad en momentos como los actuales de crisis económica, social, humana, de posibilidades de subsistencia, como de determinación de las conciencias. Expliquémoslos, para mejor hacernos comprender.

La fe tiene a crear en la «masa», la fuerza ciega que obedece sin discusión la determinación o hecho que cree superhumano, superior a sus facultades.

Esa fe crea la justificación a lo injustificable; suprime la explicación de lo inexplicable; dicta y no razona, ordena y no admite rebeldía; es el mito o dogma, hecho ley de dirección del rebaño humano.

Fe en las soluciones políticas, piden hoy los dirigentes de todos los Estados a sus respectivos súbditos...

Fe piden los candidatos a sus electores, para que una vez las manos libres, después de la elección, puedan obrar sin trabas... Fe, los dirigentes totalitarios, a

sus sometidos, en las decisiones de las alturas jerárquicas, por absurdas, por contradictorias, por incomprendibles que estas decisiones sean...

Fe en los dogmas religiosos, en los mitos bíblicos, los sacerdotes de la renaciente pujanza vaticanista, a sus fieles del mundo entero.

Fe en lo escrito ayer, que promete y no da, que pide resignación ante el abuso y humildad ante la soberbia de los Césares.

Unos y otros, quieren colocar esa fe sobre la razón del individuo, creando con ello una jerarquía de principios y realizaciones que escapen a la interpretación del ente humano.

Y al enfascarse los pontífices de una u otra fe, en guerra de encontrados intereses, vuelven a pedir a los humanos, asqueados, cansados, escépticos ante la barahunda cenagosa de los embates políticos nacionales e internacionales.

Si la razón alcanza el triunfo sobre la fe, cual nosotros preconizamos, el individuo habrá alcanzado la cumbre de su propia existencia, al no reconocer nada superior a sí mismo. La ética derribará mitos y dogmas.

Destruída la fe, desaparecida la masa gregaria que obedece sin pregunta al dirigente el por qué de la obediencia, se pasará a la intervención directa en la gestión social que determine la convivencia entre los humanos.

El combate entre la razón y la fe, es el combate entre el individuo y el rebaño colectivo, entre la intervención de todos y cada uno en la gestión colectiva y la coacción preconizada por los que gozan de la fe de unos y de otros para seguir rigiendo los destinos de la nave humana.

Decir que el gran dilema de hoy reside en saber elegir entre el Estado y la Libertad, entre la coacción y la libre convivencia, es decir que reside en la lucha empeñada por la razón contra la fe.

Razón contra fe, o individuo contra Estado, es el gran combate de cuyo resultado depende el porvenir humano; el resto, problemas políticos de orden nacional o internacional, facetas, aspectos distintos del encuentro brutal entre los aprovechadores de la fe, en soluciones distintas.

De comprender esto, recuperando al individuo, se podrá iniciar la gran transformación que nos eleva de la actual miseria material y moral. No comprenderlo, engrosando uno u otro de los rebaños hechizados de fe, será seguir arrastrándose en la degradación total de la especie.

Al hombre corresponde saber encontrar en la enreujada el camino que mejor corresponde a su concepto de dignidad.
Juan Muñoz Congost.



Marx, el consabido rabino de barbas patriarcales, reveló a sus feligreses que la religión es el opio de los pueblos. Era, ya no lo es.

Y la feligresía marxista, la que más chillaba y protesta su fidelidad a los salmos de la Biblia materialista, había venido aturdiéndose con sus rugidos anticlericales.

Pero los extremos se tocan. Una concepción política basada en la jefatura suprema, en el fatalismo y en el Estado providencial, tenía que hacer su trabajo.

A despecho del proceso Mindzenstzky, el comunismo internacional rivaliza con los más lanudos de los corderos papales en colgar con las ruedas de molino de la religión.

En el siglo pasado, republicanos y masones casábanse y bautizaban a sus hijos con todos los sacramentos; pero la propaganda inmensa tenía a paladines como Mackens y curas arrepetidos como Pey Ordeix.

El anticlericalismo, al fin y al cabo, era una barricada, un movimiento contra viento y marea de excomuniones que hacía su trabajo de cara al trasquile de cocos adocenados.

La obra de Ibarreta batió el record en el campo de las ediciones repetidas, comparable al Quijote y dejando en mantillas a la Biblia.

Un partido que adora al icono, que exalta al jefe, que somete a la disciplina, que organiza procesiones y romerías, que fomenta la fe milagrosa de ojos cerrados y que convierte en oráculos las palabras del profeta, tenía que sentir el yugo de una nueva religión.

Pero aparte de esto, el comunismo es hoy perfectamente compatible con la filiación parroquial, con el santiguamiento, con los golpes al pecho y la postración ante la cruz de Cristo.

Se puede ser beato, oler a cirio quemado y tener el carnet del partido. El obispo de Canterbury adora a Stalin, al papa de la nueva religión. La transición es imperceptible.—X.

MONTAUBAN

Organizada por la F.L. de la F.I.J.L. de Montauban, el martes 31, a las nueve de la noche, se celebrará en la Casa del Pueblo de dicha ciudad, una conferencia en la que el compañero Pablo Benaignes disertará sobre el tema: «Actividad libertaria ante el problema español».

Al acto, que será público, se invita cordialmente a todos los compañeros y antifascistas en general.

Por la F.L. de Montauban.—El Secretariado.

La España de ayer y de hoy

Ese latinorum escurridizo y pretendidamente resignado, es la tangente de los tonsurados, y también de los que, aun con levita, quieren escudar sus felonías y maldades.

Cierta vez, un compañero de tareas burocráticas, muy católico él—que no es lo mismo que muy creyente—, como católicos y comensales son todos sus ascendientes y descendientes, después de un viaje «en misión de estudios»—pero que malas lenguas calificaban de «misión turística» a cargo del Estado—, él era profesor del Instituto oficial en ese bendito país laico, que deja infiltrar al jesuita, a la monja, a la beata convicta, confesa y comulgante, en la enseñanza primaria, secundaria y universitaria, que dicen que debe ser laico, el tal amigo, repito, después del viaje insinuado a la madre patria, promovió gran pelotera por los desmanes que vió en Madrid, por las turbas realizado.

Había ocurrido una de aquellas algaradas puebleras, en que la multitud se desmanda rompiendo el dique contensivo y expresa su repudio en lo que más le merece condenación y asco por saberlo felón, hipócrita y malsano. No es en España solamente que se producen tales desmanes, que con frecuencia resultan obras tan útiles como la realizada en los establos de Augias.

También en Francia, Italia, América, etc., algunas veces el populacho ha tenido esa visión purificante obrando contra la base. Cábese, sí, a España, el mayor número de veces, y posiblemente la mayor intensidad de manifestación hostil contra el mal o la mentira, y cábese el honor de saberlo manifestar de manera práctica, aunque, a la postre, resulte inocua y casi siempre mejoradora de lo que se quiso liquidar.

Si una República Roja, que no fué roja ni republicana, hubiese tenido los dirigentes y regidores que el pueblo español merecía y merece, es decir, si hubiesen estado a su frente hombres preclaros, sinceros y noblemente liberales, ecuanimes y dignamente capacitados para los problemas sociales que debe afrontar todo Estado para su superación, España hubiera podido sanear su medio, crear una nueva y fecunda economía, ofrecer al mundo una estructura democrática y social superior a cualquiera otra, librándose de la felonía militarista y clerical que, mediante el golpe trepero, facilitado por todos los jesuitas de gorro frigio, los letrados con gafas

rece, es decir, si hubiesen estado a su frente hombres preclaros, sinceros y noblemente liberales, ecuanimes y dignamente capacitados para los problemas sociales que debe afrontar todo Estado para su superación, España hubiera podido sanear su medio, crear una nueva y fecunda economía, ofrecer al mundo una estructura democrática y social superior a cualquiera otra, librándose de la felonía militarista y clerical que, mediante el golpe trepero, facilitado por todos los jesuitas de gorro frigio, los letrados con gafas

negras y clerizontes sin tonsura, se traspasaron al poder.

Bien. El amigo de referencia, alarmadísimo, horrorizado, contaba las fogatas presenciadas en los maderales durante su estadía, en iglesias y conventos, atizadas por la multitud en revuelta. Fué inútil que le recordara las persecuciones de los tiempos idos, los sambenitos mancipladores que por millares se hiciera víctima a pensadores, artistas, filósofos, humanistas, por discutir o negar el dogma. Y no en España solamente, y no por los católicos y protestantes, sino por pretensos cristianos en general, que utilizaron el fuego, las persecuciones, los tormentos, toda suerte de descalificaciónes morales y físicas, de los que el Index actual de la vaticanesca grey, es un residuo aun apabullante para muchos.

Fué en vano argumentar y remover culpas; el católico horrorizado por los desmanes madrileños, veía solamente sotanas, hábitos, aunque, a la postre, resulte inocua y casi siempre mejoradora de lo que se quiso liquidar.

Si una República Roja, que no fué roja ni republicana, hubiese tenido los dirigentes y regidores que el pueblo español merecía y merece,

conventos, cuevas santas, porque el pueblo, la masa, la multitud abigarrada, heterogénea, misera y esclava, sabe que sus sufrimientos, sus penurias, sus miserias se generan en esos antros de hipocresía, disimulo y opresión.

Mientras no puede estallar su repudio y su vergüenza, calla y se resigna; va a procesiones, lleva los santos chirimbolos, se prosterna y reza ante maderos o figuras de cartón ataviadas con telas y joyas que significan un escarnio a la miseria pueblera, y de ahí que cuando pierde el freno, cuando la

Por Victoria Zeda

válvula escapa, se dirige a destruir aquello que ha tenido que soportar, fingir, aparentar creer para no pasar hambre y persecuciones.

No es, pues, la masa liberal, republicana, librepensadora, socialista, anarquista, la que incendia iglesias, arrasa conventos, hace fogatas con sotanas, códices santos, imágenes sagradas, atrezo y cirios que simbolizan a la ignorancia y la mentira, sino la esclavitud, la humillación, la miseria de multitudes sojuzgadas, aherradas, rebañados al yugo.

No; no es el pueblo sano y libre, sino el poverrolo desmerecido; el pueblo que reza y se exhibe en liturgias ostentosas, el que incendia, destruye, trata de eliminar todo aquello que simboliza su opresión y su esclavaje.

Esta es la historia de la España fraulana, inquisitorial, levítica, beata, y ello se manifiesta motivado por cualquier conmoción populachera, como se demostró a raíz de una corrida de toros (1835 si no nos falla la memoria), como lo presenciámos en 1900 por un egoísmo burgués; en 1909 protestando por los embarques de la juventud a Marruecos; unos años después lo presenciara el amigo

referido, por motivos políticos que el jesuitismo maneja en la España caciquil.

Pero lo que cabe destacar, es que siempre el populacho despechado, burlado, humillado, que aprovecha el momento de escape para señalar sus odios y sus repugnancias, no llevándole a la destrucción, sino el desfogue por las opresiones sufridas y mascaradas en silencio.

Quien esto escribe, en su mocedad, en su madurez, ha presenciado esos «desmanes», cruzado de brazos, convencido de que su intervención no hacía falta por cuanto, admirado y sorprendido, gente que la sabía creyente y practicante de los ritos clericales, eran las que con más fervor y bulla, saqueaban el ambiente oscurantista y beato con fogatas santificadas. Y no se olvide que fué mediante el fuego que los clerizontes inquisitoriales quisieron perseguir a los herejes y aquellas «queridas infamantes, injustas y criminales, engendraron las que surgieron después, fueron una consecuencia de aquella enseñanza.

Pero fué inútil que más de treinta años de experiencia y de presencia varias veces el fenómeno como un espectáculo y como espectador, le explicaran al amigo la psicología desprendida de esas populares expansiones.

Y recurdo todo esto, por lo que voy a exponer sucintamente. Una familia amiga, creyente, católica, gente de «buena posición», acababa de realizar un viaje por España, y nos contaron, horrorizados, los desmanes del clericalismo español en estos momentos, amparado por un régimen hampón.

—Lo más odiado, lo más cruel de España, hoy, es el clero, el fraile, la monja, el jesuita, que hacen encarcelar, torturar, matar por simples denuncias, por sólo una palabra contra o en duda del dogma, de la religión oficial impuesta.

Obsérvese que es una familia católica que llega horrorizada de lo presenciado y visto en la España de la militarada degenerada y bestia, que capitanea un paracaidista.

—Todo el pueblo español—añaden estos amigos—espera resignado y en silencio, porque la denuncia es grave y el soplón está por todo, que eso termine, que el régimen criminal y vergonzoso se hunda, y entonces, el desquite de unos y otros puede ser terrible.

Téngase en cuenta que se trata de gente más cerca de los ricos que del bajo pueblo, los que hablan, los que nos dan esos informes directos y caudales lo que ocurrir puede en «las capas inferiores».

Ahora bien. Vencido el dique, rota la válvula, ¿qué puede ocurrir? ¿Hacia dónde se dirigirá el desborde? ¿Quiénes fueron los causantes de toda la opresión, esclavitud y humillación durante tantos años de un pueblo que merece ser libre y que es fuerte? No; el «orad por nosotros», no puede tener validez, ni debe amparar a los que deben recoger tempestades por los vientos que han sabido sembrar. Y cada palo, que agante su astilla.

Los voluntarios de la aventura

Se senta y siete jóvenes del Estado de Minnesota, recientemente liberados del servicio militar en el cual conquistaron jinetas de sargento, se embarcan en el puerto de Nueva York con destino a Djibuti, de donde emprenderán viaje hacia Addis Abeba, capital de Abisinia.

No son negros de los Estados del Sur, ni siquiera mulatos; son rubios como las mieses; no los tienta ningún beneficio, ni los impulsa ningún sentimiento llamado «noble»; no van a socorrer a nadie, ni a tender la mano a nadie, ni a defender causa alguna, justa o injusta; no van tampoco, tras la fortuna, la fama, la gloria... Se van a Abisinia porque les ha sido imposible obtener visas para ir al Tibet, y porque todavía no hay manera de embarcarse, o mejor, de «avionarse» hacia la Luna; para ellos Abisinia y el Tibet eran los rincones más desconocidos, y, por lo tanto, más aventurados. Porque ellos dejan a esta cómoda tierra norteamericana, porque sí... porque los tienta gustar el placer de la aventura, sentir esa deliciosa sensación terrible que procura la inminencia de la muerte, esa voluptuosidad del peligro, más fuerte, embriagadora y tirana que todas las otras.

John Cauwenberghes es el jefe de este pelotón de «puros» aventureros; nadie lo eligió, pero es, indudablemente, el que posee más cualidades para mandar; si le va bien en Abisinia, volverá cubierto de gloria, de oro, de plata, ennoblecido con el matrimonio de alguna sobrina del Négué...

Este Cauwenberghes me dice en un cafetín del puerto, mientras apuramos un vaso de wisky para que el tiempo llegue más pronto y el embarque se haga sin sentir: «Mire usted; nosotros nos hemos dicho: ¿Y ahora qué? Salimos del ejército... Y bueno. No hay tra-

bajo. ¿Reengancharnos? La vida disciplinada es insostenible! Lo más probable es que estalle otra guerra, más estúpida y bárbara que la última... El porvenir no vale un cacahuete! Morir por morir... vamos a probar fortuna a Abisinia! Tal vez hagamos algo en pro de los negros... ¡vaya uno a saber! Pero no vamos con fines filantrópicos ni justicieros! Vamos... porque vamos. Estamos cansados de una existencia ordenada como una orquesta sinfónica; deseamos ser libres, considerando que si llegamos a perder la libertad, ese accidente nos asalta-

bajo. ¿Reengancharnos? La vida disciplinada es insostenible! Lo más probable es que estalle otra guerra, más estúpida y bárbara que la última... El porvenir no vale un cacahuete! Morir por morir... vamos a probar fortuna a Abisinia! Tal vez hagamos algo en pro de los negros... ¡vaya uno a saber! Pero no vamos con fines filantrópicos ni justicieros! Vamos... porque vamos. Estamos cansados de una existencia ordenada como una orquesta sinfónica; deseamos ser libres, considerando que si llegamos a perder la libertad, ese accidente nos asalta-

bajo. ¿Reengancharnos? La vida disciplinada es insostenible! Lo más probable es que estalle otra guerra, más estúpida y bárbara que la última... El porvenir no vale un cacahuete! Morir por morir... vamos a probar fortuna a Abisinia! Tal vez hagamos algo en pro de los negros... ¡vaya uno a saber! Pero no vamos con fines filantrópicos ni justicieros! Vamos... porque vamos. Estamos cansados de una existencia ordenada como una orquesta sinfónica; deseamos ser libres, considerando que si llegamos a perder la libertad, ese accidente nos asalta-

Por Alejandro Sux

rá libremente. No sé si me explico; vamos a vivir minuto por minuto, sin saber que zancadillas nos dará la Providencia, ni que trampas nos tenderá el destino. Si nos aburrimos mucho nos queda el recurso de provocar una revolución, una guerra civil... o transformarnos en bandidos. Si estalla la guerra entre Occidente y Rusia... ¡ya veremos! Nos iremos con el que nos ofrezca más probabilidades de más aventuras. ¡No creemos en causas buenas o malas cuando intervienen los gobiernos poderosos y enarbolan banderas con divisas entusiásticas! Nosotros no fabricamos nada que consuma la guerra... ¿Qué nos puede importar el que la gane o la pierda, si nosotros la perdemos, con toda seguridad? ¿Quién nos indemnizará del tiempo perdido en destruir y matar... suponiendo que volviéramos vivos?

Con estos individuos se forman las Legiones Extranjeras y los tercios a la manera española; muchos pobres diablos se embarcan clandestinamente para cualquier parte del mundo, con la vaga esperanza de hallar lo que no pudo encontrar en su tierra natal; muchos van en busca de golpes que dar y que recibir por el solo placer de darle gusto a los músculos; muchos se enganchan porque ello significa no pensar en el presente ni en el porvenir, y tener el día, la hora y el minuto de vida asegurado contra toda preocupación de orden material; mientras no se muere, se vive, dicen los voluntarios de la aventura, y así debiera ser para todos; en cambio, la existencia corriente es, para muchos, una agonía constante.

«La Colodna de los rajás de Dekkan no estaba empedrada con piedras preciosas? ¿Por qué no hallar un tesoro en el país de Salomón y la reina de Saba?»

Los que vinieron al Klondike, ¿pensaron que la muerte podía atacarlos por medio del aire, los

mosquitos, las aguas, las fieras, los microbios o la bala de un competidor?

¿Por qué imaginar que en Abisinia será peor?

Los voluntarios de la aventura no viven si no están en las fronteras de la muerte; el espanto del peligro es toda la razón secreta de sus existencias disparatadas, rocambolescas, fregolianas, mosquesteriles; cuando la ocasión se presenta mueren heroicamente, en belleza, con estética, porque si ellos no saben vivir, no hay quienes les iguale en el arte de bien morir.

El oro está desacreditado; la aventura es desinteresada cada día más; el ideal tiene bastante comprometida su reputación; la aventura es cada vez más pura; es, en síntesis, la consagración de la vida por la vida misma, fórmula que padece igual esterilidad, en mi opinión, de la que proclama «El arte por el arte». Si no buscamos una superación justificativa... ¿para qué sirve el vivir?

Personajes de un libro que no se escribirá

MUSO

Muso era un intelectual, lo que equivale a decir que—plagio a Soler—no era un hombre que pensaba, sino un hombre que hacía del pensar una profesión.

Para ser más exacto, debo aclarar que Muso era un profesional sin tacha. Además del pensar, poseía y dominaba sin dificultad distintas profesiones; no perdía ocasión de demostrarlo y uno no podía menos de arrodillarse ante él como un compendio de conocimientos generales. Porque Muso era una imponente enciclopedia universal, con índice alfabético y páginas numeradas.

Como consecuencia de su intelectualismo, Muso pisaba fuerte cuando caminaba y tosía con una conciencia tos de intelectual. Era benevolente para con los hombres—en el fondo compadecía su lamentable mediocridad—y escuchaba con consecuencia «las tonterías de los ignorantes; lo que no significaba que tratase de comprenderlas, ya que su preocupación era sólo escucharlas y comenzar su demostración.

Y es cierto que Muso sabía demostrar. Lo hacía con fluidez, con elegancia, con la tranquilidad del matemático frente a un teorema elemental; demostraba de paso que el intelectualismo exige, aparte de erudición, ciertas dosis de buen gusto, pulcritud y negligente coquetería; y demostraba, además, que el buen intelectual debe empezar por conocer la ciencia de la sonrisa activa y del gesto señorial, ciencia sin la cual el público se pierde, porque se atreve a analizar y a opinar por su cuenta.

Otra consecuencia de la profesión de Muso era su sistema de clasificaciones—un intelectual, para serlo, debe tener sistemas—. Dividía a los hombres en tres categorías—con número cada una, claro está—y la clasificación era inapelable, intransferible, inviolable y sin lugar a rectificaciones: muy inteligente, simplemente inteligente y poco inteligente. Al primero se le saludaba con una reverencia, al segundo con una inclinación de cabeza y al tercero con un gesto esbozado: cada uno era un mundo y los mundos necesitan fronteras.

Muso hubiera sido feliz si las autoridades otorgaran la ciudadanía legal previo examen de literatura griega, y si sólo se permitiera tener descendencia a aquellos que acreditaran extensos conocimientos de química y contabilidad. Se comenzaba a ser hombre cuando se dominaba la conjugación de verbos irregulares; antes de eso se era un cerro, un cerro pequeño sin color ni individualidad.

Muso caminaba como un intelectual y tosía como un intelectual. Esa era su profesión, ese su límite.

EL FUTRAQUE DE INDIANA

—Usted sería un gran escritor, si se americanizara.

—Lo sería también, si me «vesprepiases».

—¿Eh?

—Lo que usted oye, jefe, si no es teniente. Pero, mis cabras no van por ahí. Que se europeicen ellos. O que se hispanicen.

—¿Más nos hemos de malinchar aún?

—Siempre más. Afrobeduinizándonos. Lo más almirado de España es berberisco.

—El malvavisco es calena para hacer sudar.

—No tanto como los «tycoons» o talikos, que os arrean a vosotros. Pero, créame. En el retorno al malayo o al berber, está la salvación. Los otros son continentes fieras.

—¿América también?

—Esa, principalmente. La civilizan, pintándosela de su color de hez, los rubios de la peor ralea, con un apetito carnívoro para la ganancia.

—Ya veo que no le tiran a usted los rascacielos.

—Me tiran a vomitar. Radio City y el Rockefeller Center me rascan el raquis.

—Así no debe usted pilotar su carro.

—¿Qué carro?

—El de su propiedad. ¿No tiene usted automóvil? A plazos dan uno por 20 pesos. Pagado el enganche, se vende usted la máquina y hace negocio. No ha de molestarle mucho la justicia, porque se queda con el «detering».

Angel Samblancat

ted?

—En Huesca, el guiar carros lo

—¿Cómo! En el de los granujas, tan en boga aquí. Desengañese. En su futuro más próximo hay un Ford. O no será usted nunca nada. Y se lo manejará usted mismo, para que no se lo vuele el chófer.

EN TOULOUSE

Organizado por la F.L. de la F.I.J.L. de Toulouse, tuvo lugar el día 8 una jira en Pinsaguel.

La jornada de este espléndido día primavera trancurrió bajo el signo de la fraternidad que siempre caracterizó el ambiente libertario y fué de verdadera satisfacción para todos.

Por propia simpatía y afinidad se agrupaban los compañeros. Unos contaban, acompañados de armónica mandolina; otros daban patadas al balón o bien se lo pasaban con la mano; otros saltaban a la cuerda, etc. Pudieron practicarse todos los juegos de un día campestre.

Fué una jornada puramente libertaria, donde la alegría y entusiasmo de compañeras y compañeros se manifestó extensamente.

Esperamos se organicen nuevas y próximas jiras para sentirnos de nuevo impregnados del contacto con la Naturaleza.—Observador.

dejamos para los cocheros.

—¿En Huesca? ¿Donde cae eso?

—Voy creyendo que en el país de ninguna parte de Morris. En salir ustedes de Iowa o de Connecticut les sobra toda la geografía.

—¿Hay allí negritos, que se beutan la cara todos los días, como en la Habana? ¿Se bailonga la rumba? ¿La zamba? ¿La bambá? ¿El tango? ¿El huapango?

—Que os embreen a todos.

—Por el humor perruno que gasta, imagino que no debe de tener en casa tocadosis y radio.

—¿Para que me den matraca por los cuatro rumbos los loroparlantes que lo operan?

—Ni teléfono.

—Como no me quemó con seis mujeres y no he de engañarlas a todas a la vez, no lo necesito.

—Ni refrigerador.

—La borrachera la quiero lo más lejos de mi vera, posible.

—Ni aspirador eléctrico del polvo que me echa bastantes nubes de él la mucama, metiéndome en casa todos los días a su amasio y regalándome cada nueve meses un chumame de distinto padre.

—Pero, ¿no le hace usted dormir en la azotea, en el cuarto de criada que allí dan a cada inquilino?

—No tengo el tupé tan de Quezalcoatl, para eso.

—No será usted nunca un tropical con la caldera a la debida presión.

—Ni falta que hace. Soy de Graus. Y por el mundo me paseo con mi cara más pedrusca que la pena del Morral. México.